PRESENCIA DE LAS COSAS

I

HOY ha entrado una abeja en mi cuarto de estudio.
Ha pasado rozando las cantoneras de mis libros
y la he visto detenerse de pronto, como un niño admirado
ante un lomo encarnado de tibia piel tirante.

Después, tocando al paso mis cabellos,
dejándolos sonando como un panal, ha huído.
En el aire ha quedado flotando un rumor inefable
y en los rincones han nacido unas flores.

II

AL llamar a una puerta,
siento de pronto un miedo inexpresable.
He llamado con los huesos de mi mano
y ha sonado la madera oscuramente,
como un árbol en el bosque.

Detrás está el misterio,
el silencio, la sombra.
Quizá unos pasos tenues, un crujido.
Todo, como la muerte, al otro lado.

III

ANGEL

DOBLASTE la cabeza preguntando: ¿Hacia dónde?
Y te fué señalado un lugar en la Tierra.
—«Al lado de aquel hombre»
Mientras volabas, acercándote,
temblaban de ansiedad tus vestiduras blancas.

Tú querías correr, apresurarte,
pero temías la llegada...
«Aquel Hombre»...
—¿Cómo será? ¿Tendrá los ojos suaves
y dulcemente reposados?
¿quizá solo dos ascuas?

Al llegar te quedaste, apartado, mirándolo despacio,
con las alas plegadas.
(Te temblaba la punta de las alas)

El hombre era un pastor y caminaba
contra la luz cansada del poniente.
En el silencio, sólo las esquilas.
Su voz se alzó de pronto, maldiciendo.
Un pájaro asustado, atravesó, volando el campo largo.
Y lloraste, cubriéndote los rizos con las alas.

Manuel Alonso Alcalde

PRESENCIA DE LAS COSAS

IV

OH, poetas, que todavía cantáis, seguís cantando un mundo
desnudo, tibio, tembloroso,
como salió de la Celeste mano,
no como lo han dejado
las ciegas manos de los hombres:
llorad, porque ya el mundo es una triste ruina...

Sin su inocencia,
su desnudez radiante y cegadora,
su primer brillo hermoso,
no lo conocerían sus dulces albañiles.

Lloremos por las cosas
que han perdido ya su candor, su niñez primitiva;
lloremos por el Hombre,
cuyas manos no saben sostener una rosa;
lloremos por mí mismo,
porque hay una ciudad en donde me consumo,
mientras sobre las puras lejanías,
acariciadas por la tarde muriente,
huele el aire a resina, a limpio y fresco vidrio.

¡Oh, poetas! Sabedlo: el mundo ya ha perdido su resplandor purísimo
y gime, opaco, como las frutas cuyo brillo se esconde.

V

Los pinos húmedos tienen
una inefable ternura.

Desciende lenta, inasible,
– ramas trémulas— la lluvia.

De la madera gotea
una tenue luz oscura.

Resuenan, solos, mis pasos
en la tierra opaca y húmeda.

Y huele la tarde toda
a fresca resina pura.

VI

¡La luz! ¡Volved el rostro!
¿Quién soporta su radiante sonrisa?.
Ved a todas las cosas cerrándose, plegándose,
como las flores en la noche...

La luz revolotea
como un cristal herido de reflejos;
y el mundo va dorándose
como una fruta que madura.

VII

PAISAJE GRIS

El viento enciende las tierras;
un fulgor gris, agrio, duro,
palpita de pronto en ellas.

El aire es un bloque entero
—perdenal de lumbres lívidas—
encumbrado hasta los cielos.

La tormenta sorda y grave
pasa, enorme, resbalando
sobre los campos sin nadie.

Manuel Alonso Alcalde

Presencia de las cosas

LAS CIMAS EN LA NOCHE

VIII

ALTA sombra... ¡Qué azul resbala
la luna por los montes!
En el silencio, peñas
amontonadas, cárdenas e informes.
Las estrellas lejanas, frías, limpias;
duro el espacio, como un bloque.
¡Este monte encumbrado hasta los cielos
como un árbol enorme!
Y sólo en el silencio, ardiente y viva,
la soledad de un hombre.

IX

Cumbres. La luna y un hombre,
solos, los dos, en las peñas.
Informes sombras de pinos,
bajo la luna, de piedra.
La noche limpia y helada
en las cimas, dura, quieta.
Bruñe, al resbalar, el viento,
— frío pedernal — la sierra.
Solos la luna y un hombre.
La noche total, entera.

X

Mi soledad es como un monte
que crece amontonando su silencio,
helada, gris; contra sus cimas
se vierte, enorme, el cielo.
¡Qué rumor de torrentes, en la noche!
¡Qué despeñada espuma de recuerdos!
Un hombre solo, oscuro,
bajo la luna, como un monte, quieto.

MANUEL ALONSO ALCALDE

XI

ELEGIA

A la memoria de Rafael.

SI acaso fué tu sangre alguna vez algo que se movía;
si tuviste en las manos el caudal de las albas,
cuando el rocío es sólo una sonrisa,
escucha, escucha, que mi voz, extendida
como unos brazos que abarcaran la tierra,
quiere buscarte más allá de la noche...

Tú alguna vez no fuiste sombra sólo.
Tú escuchaste también con el oído muy cerca de la tierra,
la pleamar que canta por las playas
y se tiende entera, para que el mar descanse.
No ignorabas entonces por qué es tan triste amarse
y sabías que besar unos labios
es hundirse en la tierra blandamente movida,
y acariciar el césped,
sentir que la vida bajo los dedos tiembla.
Eras un monte inaccesible; te alzabas
casi rozando con tu frente los astros.

Pero la muerte pasa como el viento en las selvas:
sé que tu voz, caída debajo de las piedras
no dice si me escuchas cuando te canto ahora.
Que no sabes la exacta opresión de mi mano;
que no tienes un hombro donde apoyar el sueño,
ni acaricias siquiera los amados cabellos,
mientras la noche humedece las hierbas.

¿Me oyes? ¿Me oyes ahora que te canto despacio?
¿Me ves a mí existiendo?
¿Ves correr en mis venas arbolillos de sangre?
¿Me ves desde tu sombra?

LAS COSAS

XII

A Antonio Serrano Hinojosa.

ESTA luz que me envuelve
no penetra en mi sangre.
Vedme aquí, levantado,
sobre el campo sin nadie.
Todo es luz cegadora,
viva luz estallante.
Yo solo, oscuro, solo,
cerrado, impenetrable.
Ved la luz suspendida
como niebla, en el aire.
Ved la luz resbalando
sobre el mundo, impalpable.
Yo solo, oscuro y solo,
sobre el campo sin nadie.

XIII

LA luz no entra en las cosas;
resbala, sí, sobre ellas, mansamente,
pero no entra; las ciñe,
las acaricia, las envuelve.

Como el mar en las peñas,
la luz sobre las cosas muere.

En el fondo compacto de las cosas,
la noche siempre.

MANUEL ALONSO ALCALDE

PRESENCIA DE LAS COSAS

XIV

TENDIDO FRENTE AL CIELO

Mi pecho llano y mi extendida frente
al nivel de la tierra han descendido.
Yo soy de tierra cuando estoy tendido:
un campo en paz que dora el sol poniente.

Pero, al alzarme, vuelvo de repente
a ser un hombre solo, perseguido
por el sol, como un árbol retorcido
que en medio de los campos se atormente.

Cuando me tiendo, largo, y frente al cielo
descanso, soy igual que la llanura
y la paz en mi pecho se aposenta.

Pero erguido de nuevo sobre el suelo,
proyecta ya su sombra mi estatura
y en mis puños se agita una tormenta.

XV

DIOS A SOLAS

Tú, naciendo de mí, de mis rincones,
como una sombra, vienes a mi encuentro.
¡Oh, Dios! estás en mí, te siento dentro,
siento la mano que en mis ojos pones.

Eres mi soledad, mi vida ardiente
conmigo, a solas —hombre al fin— vivida;
estás en mí con tu gran sombra hundida,
como en el mar la noche, latamente.

Cuando a veces mis manos se alzan puras
a los cielos, yo siento el gran vacío
que las hiela y apaga mi lamento.

Todo lo que me envuelve queda a oscuras
y desolado; todo gris y frío:
sólo lleno de Tí mi pensamiento.

XVI

VIENTO DESNUDO

EL viento trémulo y gozoso
por los desnudos campos pasa.
Es el primer viento del mundo
que todavía, libre, vaga.

¡Vedle flotando sin reposo
bajo los cielos como un alma!

Viento inocente, viento limpio,
viento desnudo, que arrebatas
su cabellera llameante
y en tu celeste luz la bañas,
¡poder en ti, como una nube,
abandonar, alegre, el alma!

MANUEL ALONSO ALCALDE